

## NOTAS SOBRE LAS CENTRALES SINDICALES IBEROAMERICANAS

### I

A mediados de febrero de 1961 se reunió en Chile una mesa redonda de representantes sindicales de Argentina, Bolivia, Brasil, Cuba, Ecuador, Panamá y Uruguay, además de los del país invitante, coincidiéndose en la necesidad de crear una nueva central laboral iberoamericana, desvinculada de las grandes organizaciones mundiales o americanas existentes en la actualidad. El signo distintivo de esta nueva entidad, que recibiría el nombre de *Federación Latinoamericana de Organizaciones Sindicales Democráticas*, sería la defensa de los principios de la revolución cubana.

De llevarse a cabo la fundación de esta Federación obrera iberoamericana, se produciría, sin duda, un importante impacto en todo el sindicalismo del Continente, alterándose profundamente la situación actual.

Ello plantea la necesidad de un análisis de los movimientos obreros de la América española, que realizamos seguidamente, considerando primero la vida sindical en general, y después, las centrales con categoría continental, todo ello en forma esquemática.

### II

El movimiento revolucionario popular de los pueblos de raíz ibérica, que tiene sus germinales manifestaciones contemporáneas en la guerra de la Independencia española y los primeros gestos de rebeldía campesina de la ola inicial de la Independencia americana, fué sofocado por la reacción absolutista fernandina en España y el triunfo de la oligarquía local en la segunda ola independizadora de los países americanos.

La posibilidad de un movimiento popular que abarcara a todo el ámbito

ibérico fué cercenada entonces. Y con ella murió, por muchos años, la posibilidad de traspasar los límites de la sociedad feudal en cada una de las parcelas en que se desmembró aquella vasta comunidad. De las nuevas construcciones políticas «independientes» se apoderan las oligarquías locales, en su mayor parte grandes latifundistas, exportadores de productos primarios, y, en consecuencia, ligados con los intereses de las nuevas metrópolis económicas.

Ello origina, por lo pronto, tres consecuencias importantes para el movimiento obrero:

1) La desaparición de los núcleos preindustriales, por la adopción del librecambismo, destruye por mucho tiempo los gérmenes del proletario urbano, creando dos únicas clases frente a frente: oligarquía y subproletariado campesino.

2) La estructuración de una veintena de países absolutamente desconocidos unos de otros, destruye por mucho tiempo la posibilidad de una acción obrera iberoamericana coordinada.

3) La penetración de capitales extranjeros—primero ingleses, más tarde norteamericanos—, que atienden, sobre todo, a las comunicaciones—ferrocarriles—, las minas y las plantaciones, empiezan a crear, a finales del siglo XIX y principios del XX, una conciencia verdaderamente proletaria, con un neto sentido antiimperialista.

Sobre el panorama de oligarquía-subproletariado vigente, son los capitalistas extranjeros quienes crean por primera vez una nueva dualidad capitalismo-proletariado. Sobre la tónica general feudal aparecen elementos nuevos en forma de empresas capitalistas extranjeras.

Pero a esa irrupción de fórmulas capitalistas extranjeras también corresponde en sus tiempos la irrupción de fórmulas sindicales, de lucha obrera, extranjeras. Son inmigrantes europeos, o hijos de inmigrantes, los que forman la mayor parte del proletariado naciente. Naturalmente, las fórmulas de lucha que adoptan son también europeas. Las organizaciones nacidas en Iberoamérica son trasplantes de árboles del Viejo Continente. La lucha de los sindicatos proletarios con las compañías extranjeras es una faceta—importante y fecunda, desde luego—, una simple faceta de una lucha mucho más amplia, mucho más total, mucho más auténtica, entre pueblo campesino y oligarquía feudal, que se está gestando en el silencio. Es típico de estos primeros momentos de la lucha obrera en América la desvinculación con

esta realidad auténtica, de cimiento, que será la que en su día diga las palabras decisivas. Puede afirmarse—y con ello no hay sombra de menosprecio—que el movimiento obrero corre una primera etapa en que, correspondiendo a una colonización capitalista, también se muestra como un sindicalismo colonial, ligado a la problemática sindical europea. Aún perdura hoy, en gran medida, este colonialismo sindical, pero ligado ahora a la problemática sindical norteamericana.

Sólo con las dos grandes guerras mundiales cambia el panorama. Surge en la primera y se fortalece en la segunda una verdadera burguesía nacional, una verdadera industrialización nacional, en los más importantes países iberoamericanos. El proletariado urbano, paralelamente, sufre un crecimiento numérico extraordinario. Pero, lo que es más importante, sufre también un cambio íntimo esencial. La mayoría de inmigrantes europeos, que antes prevalecía, queda muy atrás. La guerra impide momentáneamente el acceso de nuevos inmigrantes. Los brazos que la industria necesita vienen ahora del interior, del campo. Las organizaciones obreras se iberoamericanizan, se nacionalizan así. Y traen, además, a la preocupación sindical el problema del campo de donde proceden. Obran, de esta manera, la descolonización del sindicalismo.

Así nos llega al momento presente el movimiento obrero iberoamericano con una profunda huella antiimperialista y una profunda conciencia de la necesidad de cambio en las estructuras agrarias.

El antiimperialismo pone en las masas obreras un sentido nacionalista, típico de países en nacimiento frente al colonialismo, muy distinto de la tibia patria de las masas obreras de los países muy desarrollados. Por su parte, la conciencia agraria les da un carácter revolucionario antioligárquico, muy distinto del reformismo actual de los sindicatos de países industrializados.

Este nacionalismo revolucionario, que forma el cogollo verdadero de la mentalidad proletaria iberoamericana, no quiere decir que con frecuencia no se encuentre oculto en organizaciones sindicales, hechas un tanto forzadamente, que imponen vías de lucha exóticas y orientaciones coloniales.

III

Por dos caminos llegan a Iberoamérica las nuevas ideas sociales europeas. Por un lado, el intelectual, de grupos utópicos de escritores influidos por Fourier, Cabet, etc.: Esteban Echevarría, en Argentina (1838); Taudonnet, en Brasil (1845), etc. Son grupos que no tienen trascendencia sobre las masas, perdiéndose en sus reducidos círculos. Por otro lado, el obrero, de mutualidades que se van transformando en sindicatos de defensa, que planean la lucha de clases, inspirándose en dos corrientes ideológicas: primero, la anarquista, y después, la socialista, quienes se reparten la dirección proletaria en los primeros tiempos.

El *anarcosindicalismo* se inicia en el momento de la primitiva acracia romántica, influido por una primera corriente latina de la inmigración—italiana y española, esta última reforzada por las persecuciones de la Restauración—. Bastante más tarde es reforzada por otra corriente, también latina, pero indirecta, que llega de los Estados Unidos: la de la I. W. W.—Industrial Workers of the World—, fundada en 1905. Logra gran vigor en el primer tercio del siglo xx, para luego caer verticalmente.

Los primeros brotes están representados por Saturnino Martínez en Cuba (1868), Alberto Santa Fe en México (1878), el Círculo Socialista Internacional en Argentina (1879), etc. Los movimientos más fuertes se dieron en este país, Brasil, Chile, México y Uruguay.

En Argentina se funda en 1891 la Federación Local de Trabajadores de Buenos Aires. En 1901 se crea la Federación Obrera Regional Argentina (F. O. R. A.), que logra larga vida y gran predominio en su día. En 1930 tiene unos 102.000 afiliados. En la actualidad subsiste muy reducida.

En Brasil se constituye en 1922, en Río, una Unión Socrática. En 1929 se fundó la Confederación Nacional de Trabajadores (C. N. T.).

En Chile, después de varios grupos de la I. W. W., en 1931 nació la Confederación General de Trabajadores (C. G. T.), que logró alguna importancia en su tiempo.

En México, los hermanos Flores Magón—de un anarquismo *sui generis*—lucharon desde el exilio contra Porfirio Díaz. Intervinieron en la Revolución mexicana, y Ricardo llegó a proclamar la República Socialista de la Baja California, intento rápidamente destruido. Hay grupos de la I. W. W. hacia 1917. En 1921 nace la Confederación General de Trabajadores (C. G. T.).

que en 1936 logra alcanzar 270.000 afiliados, pero más tarde se separa del anarquismo.

En Uruguay, en 1917, se crea la Federación Obrera Regional Uruguaya (F. O. R. U.), sobre la línea de su similar argentina.

En el plano continental, el anarcosindicalismo realizó un intento de unión, en una conferencia en Buenos Aires (1928), no cuajado.

Del *socialismo* propiamente dicho—la confusión terminológica es grande en los primeros tiempos—existen numerosos brotes al final del siglo XIX. Pero es a principios del XX cuando se realiza un gran despliegue de partidos socialistas, acompañados de fuertes y activas organizaciones obreras que, poco a poco, van disputando el terreno a los anarquistas. Más tarde decaen, aunque dejan una gran siembra ideológica y de avances sociales concretos.

Es Chile el señero en esta marcha socialista iberoamericana. En 1887 se funda el Partido Demócrata, de esta línea, y en 1894 aparece el primer diputado socialista de todo el Continente: Angel Guarello. En 1912 se crea por Luis Recabarren el Partido Socialista Obrero. Y en 1932, Marmaduke Grove hace un intento de República Socialista, que sólo dura doce días.

En Argentina se funda en 1894 el Partido Socialista Internacional. Posteriormente surge el Partido Socialista, vigente aún, aunque escindido hoy en tres ramas.

En Cuba, en 1901, se funda el Club de Propaganda Socialista.

En Uruguay, el Partido Socialista es fundado por Emilio Frugoni en 1910.

El de Brasil surge en 1916.

La acción de estos grupos políticos, combinada con la presión sindical, logra llevar a la América ibera los primeros destellos de sentido social en la legislación. Ello en medio de luchas a veces muy cruentas. Los avances sociales logrados, hay que señalarlo, no suelen alcanzar a las masas campesinas.

#### IV

Después de la primera guerra mundial y la revolución rusa, surgen nuevas corrientes del movimiento obrero en Iberoamérica. La primera es la comunista, seguida después por los primeros brotes de cristianismo social. Después de la segunda guerra mundial se produce, con gran fuerza, la aparición del sindicalismo cristiano. Y también la irrupción en gran escala de movimientos de amplia base popular y nacional.

El *comunismo* comienza su propagación con el atractivo legendario de:

Los primeros tiempos de la revolución rusa. Se producen escisiones comunistas en la mayor parte de los partidos socialistas de Iberoamérica. Los primeros agentes recorren el Continente definiendo las primeras fuerzas: son Roy y Sen Katayama, entre 1920 y 1922. Se fundan los primeros partidos: Argentina (1921), Brasil (1922), México (1922), Chile (1922), Ecuador (1925), Cuba (1925), Perú (1929). En este año se llega a celebrar una conferencia comunista iberoamericana en Uruguay.

Es en estos primeros tiempos cuando el comunismo iberoamericano está dotado de personalidades vigorosas y de fuerte espíritu de lucha. No progresan porque la insistencia en aspectos de la dogmática marxista no aceptables por el pueblo iberoamericano les impide abrirse camino entre las masas.

Después, a medida que se va afianzando el stalinismo, las mejores personalidades se pierden y el movimiento comunista se burocratiza. Las maniobras «frente-populistas», iniciadas en 1934, acaban de meter al comunismo iberoamericano en el juego de la política habitual. Con la segunda guerra mundial y la alianza militar ruso-norteamericana, se consolida esta actitud politiquera. El Departamento de Estado norteamericano presiona sobre los países del Sur para que establezcan relaciones diplomáticas y comerciales con la U. R. S. S., así como para ampliar el ámbito de acción de la Confederación de Trabajadores de América Latina (C. T. A. L.), creada en 1938, de carácter comunista. Esta ayuda norteamericana a la penetración marxista es compensada por la C. T. A. L. con una gran fidelidad a la penetración del capitalismo norteamericano en Iberoamérica. Los obreros de las empresas imperialistas se encuentran en este momento entre la espada de la presión de las compañías y la pared de las organizaciones sindicales movidas por la C. T. A. L., que impide todo movimiento de reivindicación social.

Por su disciplina a Moscú, el comunismo se coloca en estos años frente a los grandes movimientos populares y nacionales—Argentina, Bolivia, etc.—. Su desprestigio le hace perder después la mayor parte de los sindicatos que llegó a controlar en la época de la alianza con el imperialismo norteamericano.

El *sindicalismo cristiano* tarda mucho en surgir. Primero sólo existen núcleos intelectuales, pero después de la segunda guerra mundial empiezan a brotar sindicatos y, sobre todo, grupos sindicales de conciencia cristiana. La Unión General de Trabajadores de Colombia y los sindicatos «Rerum Novarum» son los primeros núcleos que surgen. En 1954 y con una orientación más de unión de personas que de unión de sindicatos, aparece una Confede-

ración Latinoamericana de Sindicalistas Cristianos (C. L. S. C.). En esta corriente, la J. O. C. tiene un papel decisivo.

Los *movimientos nacionales populares* surgen también después de la segunda guerra mundial, englobando proletariado urbano, clase media y masas campesinas. Toman elementos doctrinales de muy diversas procedencias —desde la católica a la marxista—, y presentan un programa de muy definidas afirmaciones esenciales, que dejan un tanto confusas las secundarias, con enorme capacidad de arrastre popular.

## V

La situación actual de las corrientes del movimiento obrero iberoamericano es, en esquema, la siguiente:

La corriente *anarquista*: Después de su florecimiento, a principios de siglo, el anarcosindicalismo sufre una casi total decadencia, que no salva ni la emigración española de 1939. Las grandes centrales sindicales ácratas, o se desvinculan de la ideología anarquista (caso de la C. G. T. mexicana) o pierden la mayor parte de sus seguidores (caso de la F. O. R. A. argentina). Los grupos anarquistas de Iberoamérica no pasan en el presente de 1.000 personas en los países principales.

No obstante, la herencia del anarcosindicalismo es importante. El espíritu sindical de lucha le debe mucho. Queda la positiva semilla del sindicalismo puro, desvinculada del anarquismo antipolítico. Este mismo anarquismo deja un rastro de aspiración ética al máximo despliegue de la libertad del hombre, absolutamente necesario para contrarrestar las tendencias aniquiladoras de la personalidad individual.

La corriente *socialista*: Como el anarquismo, aunque no en la misma medida, ha perdido una gran parte de la fuerza que tuvo a principios de siglo. Resisten, siempre en segundo término, como partidos minoritarios, las organizaciones socialistas políticas de casi toda América. La orientación ideológica de los grupos que se consideran dentro de la línea socialista estricta es muy varia. No existe la unidad en el grado que la mantiene el socialismo europeo. Hay diversos núcleos socialistas, incluso en los mismos países—Argentina, Chile, etc.—, que van desde el máximo liberalismo político hasta lindar con el comunismo, desde la acción antiimperialista hasta el pronorteamericanismo.

Pero si los grupos socialistas, y con ellos los sindicatos socialistas, han quedado en un segundo lugar, la propia ideología socialista ha penetrado muy profundamente en los grandes movimientos populares de Iberoamérica. Estos movimientos, si bien no son ortodoxamente socialistas, tienen importantes puntos de contacto con el socialismo, sobre todo en los aspectos constructivos.

La mayor parte de los líderes sociales actuales tienen formación en gran medida socialista, que se muestra en un relativo—no pleno, desde luego—materialismo económico y en una tendencia a convertir al Estado en planificador de la economía e incluso en propietario de importantes fuentes de riqueza.

A través de estos movimientos y de estos líderes, el socialismo está hoy más presente que ninguna otra corriente en Iberoamérica.

La corriente comunista fiel a Moscú contaba, según una estadística de 1943, en los tiempos de máximo esplendor, con una cifra aproximada de medio millón de seguidores, es decir un tercio de los de Francia, una treinta y sieteava parte del total mundial, cifrado entonces en unos dieciocho millones y medio.

En los últimos años su presencia era pobrísima en las clases proletarias, urbanas o campesinas, pero muy fuerte entre los universitarios e intelectuales, en donde el pensamiento marxista ha penetrado notablemente. Se encontraba fuera de la ley en numerosos países, habiéndose formulado contra él declaraciones concretas en las Conferencias interamericanas.

Después del resurgimiento de la revolución cubana, el comunismo, realmente hundido en Iberoamérica, pretende resucitar apoderándose de la bandera del castrismo, que inicialmente no le pertenecía en manera alguna. Conoce su desprestigio, sabe que como comunismo no tiene nada que hacer y trata por todos los medios de apropiarse la revolución cubana. La postura incomprensiva de los Estados Unidos ha contribuido a ello más aún que la ayuda rusa al régimen de Castro.

Otras corrientes comunistas, desligadas de Moscú, se han movido también en Iberoamérica. La presencia en México, hasta su asesinato, de Trotsky y la reacción contra el stalinismo, determinaron la aparición de un notable movimiento trotskysta. En Bolivia es donde mayor poder alcanza, con un Partido Obrero Revolucionario que influyó en los primeros tiempos del Movimiento Nacionalista Revolucionario en el Poder y sigue influyendo en la Central Obrera Boliviana (C. O. B.). En otros países, como Perú, Chile, Argentina, Venezuela y México, mantienen núcleos activos. Su

«desentendimiento del oportunismo de Moscú le ofrece amplias perspectivas, por mostrar un verdadero programa socialista de unificación nacional de Iberoamérica, según la fórmula presentada por el argentino Jorge Abelardo Ramos de los «Estados Unidos Socialistas de América Latina».

Desde la muerte de Stalin, es indudable que el enfrentamiento rabioso entre trotskystas y comunistas pro rusos se ha entibiado mucho, apareciendo la colaboración en bastantes ocasiones.

Otro sector comunista que tuvo sus destellos en los últimos años fué el comunismo nacional, influído por Tito y la experiencia yugoslava. El núcleo más importante fué el Movimiento Obrero Comunista de Puiggros en Argentina, escisión properonista del comunismo oficial.

La corriente *cristiana* en el sector obrero se debe sobre todo al movimiento «jocista». La difusión impetuosa de la Juventud Obrera Católica en numerosos países llevó, en pocos años, a la formación de grupos obreros cristianos en los sindicatos ya existentes o a la formación de nuevos sindicatos propios. Hoy existen núcleos o sindicatos en la mayor parte de los países iberoamericanos, así como en las zonas coloniales que aun mantiene Europa en América.

La corriente de los *movimientos nacionales y populares* es la que hoy arrastra el mayor contingente de masas obreras. Dentro de esta dirección, que abarca modalidades varias, pero unidas en la lucha contra la oligarquía y la dominación extranjera, figuran: El Partido Revolucionario Institucional de México, con sus centrales Confederación de Trabajadores de México (C. T. M.) y Confederación Nacional Campesina (C. N. C.); el peronismo argentino, que fortaleció a la Confederación General del Trabajo (C. G. T.) hasta darle un papel primordial en la vida del país, conserva hoy su fuerza máxima a través de esta organización sindical—dividida a la caída de Perón en varios grupos y ahora en proceso de reunificación, con mayoría peronista—; el movimiento boliviano—del Movimiento Nacional Revolucionario—, con su central autónoma, la C. O. B.; el aprismo peruano, hoy muy debilitado, que pasó de un inicial sentido marxista indigenista a una posición más moderada de grandes masas con fuerte porcentaje de clase media, y cuya central, la Confederación de Trabajadores del Perú (C. T. P.) hoy está también bastante debilitada; el varguismo brasileño, con su Partido Trabalhista; y en la actualidad el castrismo cubano.

VI

Las concreciones sindicales de estas diversas corrientes, más los sindicatos enteramente independientes, han desplegado sobre el panorama iberoamericano una actuación laboral organizada de primer orden, en el sentido de su presencia activa en la vida de cada uno de los países, especialmente los de mayor desarrollo. Sin duda, en éstos los sindicatos tienen casi siempre mayor significación e intervención en los asuntos generales que en las naciones del Occidente europeo.

En estas organizaciones sindicales iberoamericanas se pueden distinguir hoy estas características:

- Ruptura con el «proletarismo cerrado» de los primeros tiempos. Se engloba ya a clase media, funcionarios y profesionistas.
- Desplazamiento de los partidos políticos como árbitros únicos de la vida nacional y competencia con los otros estamentos decisivos, como el Ejército.
- Acceco, en algunas ocasiones, al poder legislativo, o incluso al ejecutivo. (La C. G. T. argentina tenía un tercio de las bancas parlamentarias en tiempos de Perón. La constitución provincial del Chaco estableció un voto sindical junto al voto público. La C. T. M. y la C. N. C. mexicanas tienen una amplia representación en el Parlamento, aproximadamente un tercio, a través del P. R. I. Ministros de origen sindical ha habido tan destacados como Borlenghi en la Argentina de Perón. En los Gobiernos bolivianos del Movimiento Nacionalista Revolucionario han figurado varios ministros sindicales, y hoy ocupa la vicepresidencia del país Juan Lechín, líder máximo de la C. O. B.)
- Irrupción, en los últimos años, del sindicalismo en el campo agrario, lo que se ha incrementado con el hecho del castrismo. Las Ligas Agrarias de Juliao en Brasil son una manifestación de ello.

## VII

Todas estas manifestaciones sindicales han tenido una plasmación continental iberoamericana. El movimiento de integración sindical de los países de la América ibera tiene ya una larga y movida historia.

Ha oscilado, y oscila aún, entre una integración bajo líneas extrañas—primero europeas y después norteamericanas—y otra propiamente iberoamericana. Se han creado centrales ligadas a las de dimensión mundial y otras absolutamente independientes.

Hoy se vive un momento importante en esta evolución, pues la posibilidad de un sindicalismo auténticamente iberoamericano, verdaderamente ligado a los problemas propios, existe más vigorosa que nunca. Podría plasmarse en una fecunda realidad si sortea los peligros de una subordinación a la visión sindical norteamericana—propia de una realidad muy distinta—y de una vinculación estrecha al movimiento comunista mundial—propio de una acción coincidente en algunos extremos, pero en otros muchos totalmente contrarias a los intereses del mundo obrero de Iberoamérica.

La evolución de estas centrales iberoamericanas es un camino entorpecido constantemente por estas dos fuerzas extrañas a los auténticos problemas de su mundo.

Vamos a señalar brevemente esta evolución, considerando antes, en esquema, el movimiento obrero mundial en donde se inserta, unas veces para entorpecer su propia marcha y otras para alentarla.

## VIII

Desde los primeros momentos, el movimiento obrero plantea el internacionalismo proletario, como réplica al internacionalismo burgués. Entre los primeros síntomas puede señalarse el llamamiento que en 1834 dirigen los portuarios de Nantes a los de Londres. Pero sólo aparece decididamente con la I Internacional.

En 1864, en Londres, se crea la Asociación Internacional de Trabajadores, o I Internacional, con representantes alemanes, belgas, españoles, franceses, ingleses, italianos suizos y norteamericanos, con orientaciones ideológicas muy diversas. La pugna entre autoritarios de Marx y antiautoritarios de

Bakunin llena la vida de la organización. Marx triunfa y los bakuninistas son expulsados. Marx y la I Internacional se trasladan a los Estados Unidos, país que atraía la admiración de aquél. La I Internacional se disuelve en Filadelfia en 1876.

En 1873, los bakuninistas, anarquistas, fundan la Alianza de la Democracia Socialista.

En 1889, en París, nace la II Internacional, socialista. En 1896 se excluye de ella a los anarquistas. En 1900 se crea un verdadero Buró Socialista Internacional. En 1901 se limita la organización a los partidos, creándose para los sindicatos un Secretariado Sindical Internacional más tarde. En 1923, después de la primera guerra mundial y la revolución rusa, resurge con el nombre de Internacional Laborista y Socialista. En 1946, después de la segunda guerra mundial, se restablece con el nombre de Internacional Socialista.

En 1903, en Dublín, se crea el aludido Secretariado Sindical Internacional, con gran tensión interna entre radicales internacionalistas y moderados partidarios de la simple coordinación. En 1913 se recomienda la creación de una verdadera Federación.

En 1908, en Zurich, se crea el Secretariado Sindical Internacional Cristiano, con delegados de siete países.

La guerra del 14 significa un durísimo golpe contra el internacionalismo obrero. La solidaridad de clase es vencida por la solidaridad nacional. Desde entonces, el internacionalismo a ultranza es desplazado por la coordinación.

En 1919, en Moscú, tras la revolución rusa, se crea la III Internacional, política, de partidos comunistas, o Komintern.

En este mismo año de 1919 se liquida el Secretariado Sindical Internacional y se crea la Federación Sindical Internacional.

En 1920 se transforma el Secretariado Sindical Internacional Cristiano en la actual *Confederación Internacional de Sindicatos Cristianos* (CISC).

En 1923, en Moscú, se crea la Internacional Sindical Roja, comunista. En 1934, por la nueva táctica de Frentes Populares, se disuelve.

A finales de 1922 y principios de 1923, en Berlín, se crea la actual *Asociación Internacional de Trabajadores* (A. I. T.), anarcosindicalista.

Más tarde se crea la IV Internacional, comunista antistalinista, dirigida por León Trotsky.

El triunfo de las Naciones Unidas, en la guerra del 39 plantea de nuevo

la posibilidad de un movimiento obrero verdaderamente universal, objetivo que parece lograrse, pero pronto fracasará.

En 1945, en Londres, se celebra una Primera Conferencia Sindical Mundial, con representantes de las democracias occidentales y de Rusia, decidiéndose la creación de la actual *Federación Sindical Mundial* (F.S.M.). El primer congreso ordinario se reúne en París el mismo año, con delegados de 65 organizaciones de 56 países. El enfrentamiento ruso-occidental rompe la unidad. Se separan los anticomunistas—demócratas y socialistas—. La Federación queda reducida a los comunistas.

En 1948 se crea la actual *Unión Mundial de Organizaciones Sindicales Liberales* (U. M. O. S. L.).

En 1949, en Londres, los separados de la Federación Sindical Mundial crean la *Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres* (C. I. S. L.), de tendencia anticomunista y democrática, en la que se integran los sindicatos socialistas y los norteamericanos, principalmente.

Queda, pues, un panorama internacional en el que el proletariado se encuentra en guerra civil, lejos de realizar la vieja aspiración de unidad mundial. En primer lugar dos grandes centrales: la F. S. M., comunista, y la C. I. O. S. L., democrática. En segundo lugar, una central media, la C. I. S. C. cristiana y con tendencia a ampliarse a todos los sindicatos creyentes, aunque no sean cristianos. Y en tercer lugar dos centrales de menor importancia: la A. I. T. anarcosindicalista y la U. M. O. S. L. liberal.

Sobre este panorama de fondo, unas veces como meras versiones del mismo y otras con personalidad propia, se ha desarrollado el movimiento unionista de los sindicatos de Iberoamérica.

## IX

Es en Buenos Aires, en 1909, cuando se realiza el primer intento unificador, reuniéndose representantes de este país, Brasil, Chile, Paraguay, Perú y Uruguay. Sin embargo, el intento no tiene trascendencia posterior.

En Laredo, Texas, se realiza bastante más tarde, 1918, otro que resultará más sólido, aunque esta vez tendrá carácter panamericano, estando controlado, en gran medida, por las organizaciones norteamericanas. Convocados por la American Federation of Labour (A. F. L.), se reúnen en la citada ciudad estadounidense representantes de la A. F. L. de Colombia, Costa Rica,

El Salvador, Guatemala y México. Se funda entonces la Confederación Obrera Panamericana (C. O. P.), entidad a la que se unen posteriormente sindicatos de Honduras, Ecuador, República Dominicana, Nicaragua, Perú, Panamá, Venezuela, Puerto Rico, Bolivia y Cuba. Ni Argentina, ni Chile, ni Uruguay, ni Brasil, se adhirieron a la C. O. P.

En 1930 se debía reunir en La Habana el VI Congreso de la Organización. Sin embargo, en vísperas de ello, en 1929, la entidad vertebral de la C. O. P., es decir, la A. F. L., pidió al Departamento de Estado que interviniera en Cuba para apoyar ciertas reclamaciones financieras de empresas norteamericanas. Los sindicatos cubanos protestaron violentamente, transmitiéndose la protesta a las demás entidades. Fué la muerte de la C. O. P. y la primera muestra del fracaso de una central continental, mezcla de sindicatos de países subdesarrollados con sindicatos de países muy industrializados.

Ya se plantea el problema que va a ser una de las características del movimiento de unidad sindical en Iberoamérica: la intromisión, con carácter además de rectora, de una orientación sindical ajena, propia del país más rico de la tierra, sobre realidades sociales totalmente distintas. La existencia, o la pretensión de un regionalismo sindical americano, continental, ha impedido, o ha tratado de impedir, la existencia de un regionalismo sindical propiamente iberoamericano.

La convivencia en las mismas organizaciones internacionales de sindicatos de países en muy diverso momento de desarrollo económico, conduce a estas centrales regionales a quedarse en declaraciones generales, con frecuencia sólo políticas o, en otros casos, a la presión de los sindicatos de los países poderosos sobre los de los países pobres para encerrarlos en una táctica de lucha reformista y suave que no les es útil, y que, por otra parte, tampoco fué la forma de lucha de los propios presionantes en tiempos más duros. No deja ello de tranquilizar, de paso, a las grandes compañías inversionistas.

En el año 1928 se crea en Buenos Aires una Asociación Americana de Trabajadores, de línea anarcosindicalista, ligada a la Asociación Internacional de Trabajadores. La F. O. R. A. argentina es el miembro más importante. Pero la nueva organización no tiene vigencia práctica alguna.

En 1929, en Asunción del Paraguay, el comunismo realiza su primer intento de integración sindical, siguiendo las directrices de la Internacional Sindical Roja. Con representantes de unos catorce países, se crea la Con-

federación Sindical Latinoamericana. Su existencia es muy poco importante y acaba uniéndose más tarde a la C. T. A. L.

Tan poca trascendencia alcanza el Centro Obrero Internacional de Solidaridad Latinoamericana, que se crea en 1932, en Santiago de Chile, con delegados de ocho países.

En 1938 se inicia otro intento comunista. El sello oficial de esta orientación que había ostentado la Confederación Sindical Latinoamericana, ligada a la Internacional Sindical Roja, había invalidado sus posibilidades. No se puede revitalizar esta entidad, y en este año de 1938, la C. T. M. mexicana, entonces controlada por el marxismo, y de la que es secretario general una de las más destacadas personalidades prosoviéticas de América, Lombardo Toledano, convoca un nuevo congreso sindical iberoamericano. Asisten delegados de doce países—Argentina, Bolivia, Colombia, Costa Rica, Cuba, Chile, Ecuador, Nicaragua, Paraguay, Perú y Venezuela—, así como representaciones fraternales del C. I. O. norteamericano y de algunas organizaciones europeas.

Por aclamación se aprueba crear una *Confederación de Trabajadores de América Latina* (C. T. A. L.). Lombardo Toledano, al inaugurar las sesiones, dice que aquélla no es comunista, pero, indudablemente, éste va a ser hasta el presente su signo.

Poco después, la segunda guerra mundial, a partir de 1941, establece, junto a la alianza ruso-norteamericana en el plano mundial, una alianza capitalismo norteamericano-sindicalismo comunista en el plano de la América española. La orientación que Lombardo Toledano da a la C. T. A. L. en esta época, la de su máximo esplendor, es la de que no hay interés más alto que el de la unidad, y que a esta unidad han de plegarse todos los movimientos de reivindicación social. Para la C. T. A. L., todo lo que no es alianza capitalismo-comunismo está dentro de la maniobra fascista, y de esta forma se enfrenta con los movimientos revolucionarios populares que quieren liberarse de la dominación económica, sobre todo en los casos de Argentina y Bolivia.

Toledano recorre Iberoamérica con la ayuda del Departamento de Estado, y de esta forma la mayor parte del sindicalismo de estos países queda en poder de la orientación comunista. La C. T. A. L. es una de las impulsoras del movimiento de unidad sindical que va a concluir en la Federación Sindical Mundial, formada en Londres y París en 1945.

La ruptura de esta Federación Sindical Mundial tiene su reflejo americano. Los Estados Unidos temen una nueva guerra, esta vez contra la Unión Soviética. Consideran que, en un caso así, la entrega a una entidad comunis-

ta de las organizaciones sindicales iberoamericanas significaría un riesgo gravísimo en las grandes zonas de abastecimiento de materias primas, en su misma retaguardia vital. El Departamento de Estado, aligerado de comunistas, da marcha atrás y emprende la lucha contra la C. T. A. L.

Primero Serrano Romualdi, de la A. F. L., y después Potofski, del C. I. O., viajan por Iberoamérica para abrir una nueva vía. Romualdi consigue, a través de Bernardo Ibáñez, chileno, y Arturo Sabroso, peruano, la convocatoria de un nuevo congreso constituyente sindical.

Se celebra éste en 1948, en Lima. Hay incidentes con motivo de la no participación de la C. G. T. argentina. Se funda la Confederación Interamericana de Trabajadores, anticomunista y continental. Su éxito es mediano, aunque consigue dar la primera dentellada en la C. T. A. L., la que desde entonces camina hacia la desintegración.

El primer congreso se celebra en La Habana, en 1949. Pese al dominio norteamericano, hay una resistencia cubana. Mientras para los delegados estadounidenses el frente exterior de lucha contra el comunismo es lo más importante, para los iberoamericanos, encabezados por la C. T. C. cubana, es más importante el frente interior de lucha contra la justicia.

Sin duda esta desarmonía provoca la disolución de la C. I. T., con una maniobra de gran altura, que consiste en crear una nueva entidad, rama regional americana de la C. I. O. S. L.

Se realiza esta fundación en México, en 1951, donde surge la Organización Regional Interamericana de Trabajadores (O. R. I. T.). También en este congreso fundacional se producen incidentes por la no participación de los sindicatos peronistas argentinos. No obstante, la O. R. I. T. obtiene un gran éxito, desplazando casi completamente a la C. E. T. A. L. comunista. La misma C. T. M. mexicana, fundadora de la C. T. A. L., ya se había separado de ésta y expulsado a Toledano, uniéndose a la nueva organización anticomunista.

La O. R. I. T. reinicia la orientación continentalista, panamericana, de la C. O. P., esta vez como rama de una organización mundial. Vuelve el error de base de aquélla, y como la C. T. A. L. se mueve por orientaciones no demasiado atentas al puro interés iberoamericano.

Reaccionando frente a ello surgen en algunos sindicatos, especialmente la C. G. T. argentina y la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM), la idea de una central verdaderamente iberoamericana. En febrero de 1952 se reúne en Asunción del Paraguay una conferencia sindical de donde surge un Comité de Unidad. En noviembre, en la capital mexicana, se crea por

fin esta tercera central, que recibe el nombre de *Agrupación de Trabajadores Latinoamericanos Sindicalistas* (A. T. L. A. S.).

Con la caída del régimen peronista en 1955, la A. T. L. A. S., cuya sede central estaba en Buenos Aires, recibe un durísimo golpe. Es intervenida militarmente por el bando «democrático» triunfante. Más tarde resurge débilmente, tratando de reunificar sus fuerzas, en una lucha que puede llevar a una guerra civil con el castrismo o a una síntesis con él.

Finalmente, en 1954, surge en Santiago de Chile una cuarta central ligada ésta a la internacional de sindicatos cristianos. Es la *Confederación Latino-Americana de Sindicatos Cristianos* (C. L. A. S. C.), que atiende, frente al propósito de la C. I. S. C., más a la formación de dirigentes «sindicalistas» que a la de «sindicatos».

La C. L. A. S. C. ha realizado en los últimos años una obra importante, atenta sólo a la problemática iberoamericana y poniéndose, por ello, a la cabeza del movimiento obrero en numerosas ocasiones. Tanto es así que en el seno de sindicatos cristianos como la U. T. C. colombiana y los «Rerum Novarum» costarricenses, que hoy están integrados dentro de la O. R. I. T., hay fuertes movimientos para conseguir la ruptura de esta vinculación y la entrada en la C. L. A. S. C.

El panorama actual de las centrales iberoamericanas nos muestra, pues, una división en cuatro sectores:

La *Confederación de Trabajadores de América Latina*, nacida en 1938, comunista, con sede en México, D. F. Según el «Yearbook of International Organizations» de 1958-59, publicado por la Union of International Associations, contaba con organizaciones afiliadas en cinco países—Argentina, Costa Rica, Ecuador, México y Uruguay—, así como adhesiones individuales en otros catorce—Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Cuba, Dominicana, El Salvador, Guatemala, Honduras, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú y Venezuela.

La *Organización Regional Interamericana de Trabajadores*, nacida en 1951, democrática y anticomunista, con sede en México, D. F. Según la misma fuente, contaba con las siguientes fuerzas: Argentina (40.000), Bahamas (1.500), Brasil (2.496.741), Antillas británicas (59.354), Guayana británica (26.000), Honduras británica (9.645), Canadá (1.100.000), Chile (54.500), Colombia (400.000), Costa Rica (12.000), Cuba (1.200.000), República Dominicana (6.069), Ecuador (1.300), Islas Malvinas o Falklands (575), Guatemala (1.650), Haití (2.000), Honduras (12.000), México (1.000.000), Neth Antilles (11.500), Okinawa (560), Panamá (1.149), Paraguay (45.000), Perú (350.000), Puerto Rico (255.000), Surinam (23.150),

Estados Unidos (14.598.000), Uruguay (40.000). (Posteriormente se han desafiado los cubanos y han entrado con pleno derecho los venezolanos, entonces en el exilio.)

La *Agrupación de Trabajadores Latinoamericanos Sindicalistas*, nacida en 1952, de tercera posición, anticapitalista y anticomunista, con sede en Buenos Aires. Se encuentra en reorganización.

La *Confederación Latino-Americana de Sindicalistas Cristianos*, nacida en 1954, creyente, con sede en Santiago de Chile. Según los datos facilitados por «Informations catholiques internationales», de París (15 junio 1961), comprende los siguientes núcleos: Confederación Ecuatoriana de Obreros Católicos, Acción Sindical Chilena, Comité Unitario de Sindicalistas Cristianos de Venezuela, Acción Sindical Uruguaya, Acción Sindical Argentina, Movimiento Sindicalista Cristiano del Perú, Movimiento Sindicalista Paraguayo, Movimiento de Orientación Sindicalista del Brasil, Federación Cristiana de Trabajadores de Curaçao, Acción Sindical Boliviana, Acción Sindical Panameña, Congreso de Sindicatos (H. U. C.) de Jamaica y de las Antillas británicas, Federación de Trabajadores Cristianos de Surinam, Federación de Trabajadores Cristianos de Antillas y de la Guayana francesa, Unión de Obreros Católicos del Salvador, Federación Cristiana de Trabajadores de Guatemala, Frente Anténtico del Trabajo de México, Unión de Trabajadores Cristianos (C. W. U.) de Honduras británica, Movimiento Sindical Cristiano de Cuba, Comité Organizador de Sindicatos Cristianos de Puerto Rico, Confederación Nacional de Empleados de la Industria y del Comercio de Chile.

Esta misma revista francesa hace un balance de las fuerzas actuales del obrerismo organizado en Iberoamérica, aportando estos datos: 65.000.000 de obreros y campesinos. Entre ellos sólo están organizados 10.000.000, los cuales se distribuyen en la siguiente forma: C. T. A. L. (20 %), O. R. I. T. (25 %), C. L. A. S. C. (12 %); centrales independientes—C. T. V. venezolana, C. O. B. boliviana, C. T. C. cubana, C. U. T. chilena, C. G. T. argentina y C. N. T. mexicana, etc.—(43 %).

Indudablemente, este cálculo no es del todo exacto, sobre todo en lo que se refiere a los porcentajes de la C. T. A. L. y de la O. R. I. T. Según las cifras dadas más arriba, y si sólo hubiera diez millones de obreros organizados sindicalmente, esta última central alcanzaría en Iberoamérica no menos del 45 por 100. Las cifras exactas son difíciles de deducir, pero, sin duda, rebajan mucho el tanto por ciento de la C. T. A. L., subiendo el de la ORIT. No obstante, queda claro que una mitad de los sindicatos están fuera de toda central americana.

XI

Reduciendo a esquema los datos anteriores, en lo relativo a las centrales internacionales y americanas actualmente existentes, podemos fijar el siguiente cuadro:

<i>Carácter</i>	<i>Organización Mundial</i>	<i>Rama americana</i>
Cristiana (o creyente en general)	C. I. S. C. CONFEDERACIÓN INTERNACIONAL DE SINDICATOS CRISTIANOS. Fundada: 1920, La Haya. Sede: Bruselas.	C. L. A. S. C. CONFEDERACIÓN LATINOAMERICANA DE SINDICALISTAS CRISTIANOS. Fundada: 1954, Santiago de Chile. Sede: Santiago de Chile.
Anarquista	A. I. T. ASOCIACIÓN INTERNACIONAL DE TRABAJADORES. Fundada: 1922-23, Berlín.	No hay. (En 1928 se creó en Buenos Aires una filial, que no prosperó.)
Comunista	F. S. M. FEDERACIÓN SINDICAL MUNDIAL. Fundada: 1945, Londres y París. Sede: Praga.	C. T. A. L. CONFEDERACIÓN DE TRABAJADORES DE AMÉRICA LATINA. Fundada: 1938, México, D. F.
Liberal	U. M. O. S. L. UNIÓN MUNDIAL DE ORGANIZACIONES SINDICALES LIBERALES.	No hay.
Democrática	C. I. O. S. L. CONFEDERACIÓN INTERNACIONAL DE ORGANIZACIONES SINDICALES LIBRES. Fundada: 1949, Londres. Sede: Bruselas.	O. R. I. T. ORGANIZACIÓN REGIONAL INTERAMERICANA DE TRABAJADORES. Fundada: 1951, México, D. F.
Tercera posición	No hay.	A. T. L. A. S. ACRUPACIÓN DE TRABAJADORES LATINO-AMERICANOS SINDICALISTAS. Fundada: 1952, México, D. F. Sede: Buenos Aires.

## XII

Sobre esta situación viene a irrumpir la revolución cubana de Fidel Castro. En el primer momento, C. T. A. L., O. R. I. T. y C. L. A. S. C aplauden unánimemente el término de la dictadura batistiana y el nuevo régimen.

En el interior de Cuba, la C. T. C. procede a su reorganización, con una orientación nueva. Sin duda, el movimiento de Castro ha sido más campesino que proletario. Mientras que los hombres del campo se encontraban en una situación de sumo atraso, los trabajadores urbanos eran de los mejor pagados de Iberoamérica. La C. T. C., fuertemente controlada por Eugenio Mujal, no permitió el triunfo de las huelgas generales decretadas desde la Sierra Maestra por el castrismo.

Huídos Mujal y su grupo, la C. T. C. se reorganiza. El dominio es para el Movimiento 26 de julio, en cuyo seno hay un número importante de obreros de la J. O. C. los comunistas ocupan un lugar muy reducido. Cuando en noviembre de 1959 se hace un congreso para normalizar la vida de la central cubana, los del Movimiento copan la casi totalidad de los puestos, estando los comunistas en minoría muy reducida.

Asisten a este Congreso representantes de casi todas las centrales internacionales y americanas. Y una comisión del mismo propone, y la C. T. C. aprueba, la desvinculación de la O. R. I. T. ¿Para afiliarse a otra, tal vez a la C. T. A. L.? No: para tratar de crear una distinta, totalmente independiente.

El castrismo se muestra como una revolución capaz de extenderse a toda Iberoamérica. El impacto de la revolución cubana en las masas obreras y campesinas de este mundo es profundo y decisivo. Ven en aquélla la realización de sus ambiciones antiimperialistas y antioligárquicas, la independencia frente a los Estados Unidos y la reforma agraria. Importantes sectores del obrerismo organizado se definen como castristas. Y surgen fuertes movimientos nuevos como las Ligas Agrarias de Juliao en Brasil. En las organizaciones de la O. R. I. T. brotan núcleos importantes procastristas. Y en las centrales independientes, como la C. U. T. chilena o la C. O. B. boliviana, el castrismo se transforma en fuerza imperante.

Indudablemente, la revolución cubana tiene en sus manos la responsabilidad de formar una central verdaderamente ibeoramericana que derrote a las ya existentes.

Por ello se producen dos maniobras contrarias, pero totalmente coincidente: por parte de la central pronorteamericana se acusa al castrismo de comunismo; por parte de los comunistas se trata de acaparar este castrismo. La coincidencia de fines es absoluta.

Los comunistas ponen en marcha el mismo expediente que usaron otras veces. El sello comunista inutilizó la Confederación Sindical Latinoamericana. Para sustituirla y negando su carácter comunista, brotó la Confederación de Trabajadores de América Latina, cuya fuerza fué grande con ayuda de Norteamérica. Hundida en los últimos años, aclarado su neto carácter comunista, pierde toda su fuerza. Su líder máximo, Vicente Lombardo Toledano, en una reunión de la C. E. P. A. L., celebrada en Bogotá, llega a abogar por las inversiones de capital estadounidense en las Repúblicas iberoamericanas. A esto es a lo más que pueden llegar con su bandera soviética. Metido en una vía de politiquería menuda, el comunismo criollo—cuyas viejas cabezas políticas han adoptado fórmulas de suave evolución democrática y de alianza con Norteamérica, no puede pensar, no puede soñar, en una acción revolucionaria de masas. Su máxima muestra de vitalidad son las algaradas estudiantiles. Entonces surge el castrismo, la revolución cubana, una revolución humanista, una especie de «año sabático» de Cuba, sin ninguna mezcla de marxismo. El castrismo es la bandera revolucionaria del pueblo iberoamericano. Y el comunismo decide hacerla suya.

En el terreno sindical trata de apoderarse este proyecto de nueva central y tomarlo como cosa propia. Es tan radical el fracaso del comunismo en Iberoamérica que no se atreve ni siquiera a esbozar la posibilidad de que el castrismo revitalice la C. T. A. L.

Por su parte, la O. R. I. T. despliega todas sus energías contra el castrismo. Hay una verdadera movilización general de la O. R. I. T. para acabar con los brotes castristas en sus propias filas. Se expulsa a los simpatizantes con Castro y se levanta, frente a la bandera de la revolución cubana, la de la «Alianza para el Progreso» del Presidente Kennedy.

Contoda seguridad, la lucha contra el castrismo será el tema central del V Congreso de la O. R. I. T., que se celebrará a partir del 20 de agosto en Brasilia, precedida de una Conferencia Económica Obrera Continental.

XIII

El sindicalismo castrista, evolucionado hacia un mayor control marxista desde noviembre de 1959, ha intentado seguir su proyecto de nueva central.

En este camino, la acción más decisiva fué emprendida en Santiago de Chile, al reunirse, convocada por la C. U. T., de este país, una Mesa Redonda, en la que participaron representantes de Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Cuba, Ecuador, Panamá y Uruguay, muchos de ellos de línea comunista.

Pese a ello, al afirmarse la necesidad de crear una Federación Latinoamericana de Organizaciones Sindicales Democráticas, se insistió en que debería ser independiente, tanto de las americanas C. T. A. L. y O. R. I. T. como de las mundiales F. S. M. y C. I. O. S. L.

Los reunidos, según informó el diario comunista de Chile, «examinaron los graves problemas que afectan a los trabajadores de América Latina, como consecuencia de la dominación imperialista y sus aliados, la oligarquía feudal y financiera, que gobierna la mayoría de nuestros países». También esbozaron un programa de acción común, con los puntos siguientes: «1) solidaridad amplia, efectiva y recíproca de todas las organizaciones sindicales de América Latina; 2) defensa de las libertades públicas y derechos sindicales; 3) lucha por la defensa de la autodeterminación de los pueblos, que significa también la eliminación de las dictaduras y restos del colonialismo; 4) defensa de la revolución cubana y de sus postulados, como expresión del anhelo de solidaridad de los pueblos de la América Latina; 5) lucha contra la dominación imperialista, defensa y recuperación de las riquezas nacionales, repudio al Fondo Monetario Internacional, libertad y comercio y desahucio de los pactos militares; 6) eliminación del desempleo, auxilio a los desempleados y control estricto del automatismo industrial.»

¿Qué posibilidades tiene esta nueva, y aun no nacida formalmente, central iberoamericana?

Indudablemente, al levantar la bandera del castrismo, ocultándose—mediante su repudio a la afiliación a la C. T. A. L. y la F. S. M.—el comunismo, sinceramente por unos y astutamente por los otros—comunistas—, se gana, desde el comienzo, una amplísima base de sustentación. Sabido es que la defensa de la revolución cubana es ya un resorte emocional que manejan todos los políticos para ganar elecciones. No hace mucho, con ocasión de la fiesta del 1 de mayo, *L'Information Latine*, de París, resumía: «Es nece-

sario decir que en la inmensa mayoría de los países esta conmemoración se ha desarrollado en función del régimen de Fidel Castro. Por o contra Fidel Castro. Y hay que reconocer que la gran mayoría de las masas obreras está por Castro.»

Pero, al concretar organización por organización, el problema es más arduo. Desde luego, las vinculadas a la O. R. I. T. están apretando al máximo las clavijas para que no se desmanden. Es en las independientes en donde se encuentra el campo de batalla.

Hasta ahora las dos seguras son la C. T. C. cubana y la C. U. T. chilena. Esta, que abarca la mayoría de los obreros del país, pues la C. N. T., vinculada a la O. R. I. T., es pequeña—, tiene a su frente un cristiano, Clotario Blest, pero la casi totalidad de la directiva es comunista.

La C. O. B. boliviana se siente especialmente atraída por el castrismo. pero los recientes incidentes, con el amago revolucionario, y el hecho de que su líder máximo, Juan Lechín, sea el vicepresidente de la República, dificultará por algún tiempo la vinculación efectiva a la nueva central, de ser creada.

Más complicada es la situación de la C. G. T. argentina. Dividida en tres sectores, y hoy unificada o en vías de unificación, mantiene un predominio peronista. Las antiguas «32» organizaciones mantienen vinculación con la O. R. I. T. El grupo comunista que formó el M. U. C. S., vinculado a la F. S. M., participó en la Mesa Redonda de Chile. Pero la decisión ha de venir del sector de las «62» peronistas. Y éstas, atraídas ciertamente por el castrismo, mantienen aún su postura anticomunista, sin olvidar los insultos que Stalin y sus servidores criollos dirigieron al pueblo argentino en la fecha decisiva del 17 de octubre de 1945.

Con los peronistas, el núcleo que trata de reconstruir la A. T. L. A. S. se manifestó contra el intento de nueva central, considerando que la verdaderamente independiente era ella. Sin embargo, cuando el Presidente cubano Dorticós visitó Buenos Aires, se reunió con líderes de estos núcleos.

En definitiva, la postura del peronismo vendrá determinada por el giro definitivo que tome la revolución cubana. Acorde con sus hechos revolucionarios fundamentales, se muestra en desacuerdo—no ya con el apoyo de Rusia—, sino con la filosofía marxista que fuertes ambiciones pretenden imponer al hecho cubano. El peronismo, definidor en su día de una Tercera Posición, que hoy ha adoptado el nasserismo, veía con entusiasmo que la adhesión de Cuba a la Conferencia neutralista que ha de celebrarse en septiembre en Yugoslavia definiera en esta línea a la política de Castro.

José Luis Rubio

Si esto fuera así, no hay duda de que una central sindical iberoamericana encabezada por el castrismo y el peronismo desplazaría pronto a la hoy poderosa O. R. I. T.

De no ser así, de definirse la revolución cubana en una línea netamente marxista, por muchos brotes que surjan en diversos países iberoamericanos, una central comunista no prosperaría mucho, por más disimulada que se presentase. La revolución cubana no saldría de sus fronteras. Las resistencias contra su propagación serían demasiado fuertes, y no podrían vencerlas las acciones procastristas.

Una central iberoamericana dirigida, más o menos abiertamente por Moscú, sería una nueva salida en falso, como es hoy la O. R. I. T. Tanto que, en cualquier momento, Moscú, como ya lo hizo a través de la C. T. A. L., podría ordenar la flexión de rodillas del proletariado de la América ibera ante el imperialismo yanqui.

Con la hoz y el martillo en la bandera, Castro no hubiera triunfado en la Sierra Maestra. Con la hoz y el martillo en la bandera no se podría hacer de los Andes la Sierra Maestra de Iberoamérica.

No obstante, una central verdaderamente americana sigue siendo necesaria. Para que sostenga la bandera de la propia revolución antiimperialista y antioligárquica.

José Luis Rubio.

Madrid, junio de 1961.